

La misión de la Iglesia hoy

El primer anuncio para la nueva evangelización

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

En su programática Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, nuestro Papa Francisco nos dice: “No me cansaré de repetir aquellas palabras de Benedicto XVI que nos llevan al centro del Evangelio: ‘No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva’¹. Sólo gracias a ese encuentro ... con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora.”²

El Papa se sitúa así en continuidad con el camino seguido por la Iglesia y su Magisterio desde el Concilio Vaticano II. Baste recordar la enseñanza de GS: “en realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”³; así como la de S. Pablo VI, particularmente en *Evangelii nuntiandi*: “evangelizar es, ante todo, dar testimonio de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo; que en su Verbo encarnado ha llamado a todas las cosas al ser

¹ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1

² FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 7-8

³ Cf. GS 22a; cf. también 10, 21g-22, 41

y ha llamado a los hombres a la vida eterna”⁴; y S. Juan Pablo II, que planteó así su misión desde el inicio⁵ y lo recordaba en su texto programático para el nuevo milenio: “No nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No, no será una fórmula la que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: *¡Yo estoy con vosotros!*”⁶.

Hoy hace actuales estas palabras nuestro Papa Francisco, ofreciéndonos como una síntesis de todos los elementos que el camino de la evangelización ha ido poniendo de manifiesto en estos años y sobre los que ahora vamos a reflexionar.

1. El Concilio Vaticano II como hito en la evangelización de la Iglesia

El Concilio Vaticano II no ha de ser visto sólo como un momento providencial de reflexión de la Iglesia sobre su propio ser –Iglesia, ¿qué dices de tí misma, *ad intra* y *ad extra*?–, sino también y muy explícitamente como un hito histórico en el cumplimiento de su misión evangelizadora.

La esperanza de poder establecer un diálogo verdadero con el hombre contemporáneo, de que tuviera lugar un encuentro fecundo entre la fe cristiana y la razón moderna, alentó la convocatoria y la realización del Concilio. Ciertamente, se deseaba renovar la vida de la Iglesia en todos sus miembros e instituciones, pero siempre también con la intención de que su palabra pudiera ser mejor comprendida⁷ y de que su presencia en el mundo pudiese ser signo e instrumento más creíble de la “paz o comunión con Dios” y de la “unidad fraterna

⁴ *Evangelium nuntiandi*, 26. FRANCISCO cita el nº 80 de esta encíclica: “... la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual ... pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo” (*Evangelii Gaudium*, 10)

⁵ En la encíclica *Redemptor hominis*

⁶ S. JUAN PABLO II, *Novo millennio inneunte*, 29b

⁷ Cf. S. JUAN XXIII, Alocución *Gaudet mater ecclesia*, 11/10/1962

entre los hombres, aún pecadores”⁸.

El *aggiornamento*, la renovación de las formas de expresión de la fe, quería ser un acercamiento al hombre del siglo XX, el cual estaría más dispuesto a escuchar la voz de la Iglesia, pues, tras la experiencia muy amarga de la violencia sistemática anterior, habría dejado de creer ya en su autosuficiencia, de confiar sólo en el propio poder humano⁹.

El Vaticano II intenta, pues, presentar la figura de Jesucristo y el ser de la Iglesia superando perspectivas predominantemente doctrinales o apologéticas, como motivo siempre actual de alegría y esperanza. Parte de la certeza, que considera comúnmente aceptada, de que ninguna ideología ni poder humano responde a los enigmas e interrogantes de la existencia, que ninguna puede iluminar adecuadamente su camino en la historia, su relación con el mundo, la vida y la muerte, que ninguna fundamenta definitivamente la dignidad de cada uno. Y afirma, en cambio, que el hombre puede encontrar la clave, el centro y el fin de la historia humana en Cristo¹⁰, que sólo Él manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, desvelando la grandeza de su dignidad y vocación¹¹. Por eso, “el hombre que quiera comprenderse hasta el fondo a sí mismo ... debe ... acercarse a Cristo”¹².

El Concilio propone así una concepción de lo cristiano que lo presenta como acontecimiento histórico que culmina en la persona y destino de Jesucristo¹³, y que responde plenamente al deseo del hombre, a sus exigencias existenciales. No son nuevos los contenidos, pero sí el método y la expresión: se quieren dejar atrás las formas derivadas del debate moderno con las posiciones racionalistas que reducían lo cristiano a un momento de la razón, inmanente al mundo y a la historia –debate que puede verse simbolizado en la *Dei Filius* del Vaticano I y también todavía en las posteriores luchas alrededor del modernismo y de la *nouvelle théologie*– y

⁸ AG 3; cf. LG 1

⁹ Cf., por ejemplo, S. JUAN XXIII, Constitución apostólica *Humanae salutis*, 3

¹⁰ Cf. GS 10

¹¹ Cf. GS 22

¹² S. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 10

¹³ Cf. DV 2-4

dirigirse más a la experiencia concreta del hombre en el mundo.

Ahora se anuncia con confianza y ánimos renovados que Jesucristo es la revelación plena del amor de Dios, la novedad radical deseada desde siempre en la historia, que hace posible al hombre descubrir su dignidad y su vocación, vencer al mal y alcanzar su destino definitivo. Y que esta riqueza de vida y de esperanza sigue presente a lo largo del tiempo, se transmite a través de este Pueblo singular que es la Iglesia de Dios, que desea entrar en diálogo con todas las gentes.

El Concilio desea presentar así a la fe y a la Iglesia como partícipes de pleno derecho en el camino de la historia, con una misión propia, confiando en que no se le niega ya por principio todo posible protagonismo en el mundo moderno, en la búsqueda de que la vida del hombre se haga más humana¹⁴: “el sagrado Sínodo, al proclamar la altísima vocación del hombre ..., ofrece al género humano la sincera cooperación de la Iglesia para instituir la fraternidad universal que responda a esa vocación”¹⁵.

2. La necesidad de una “nueva evangelización”

La llamada a la *nueva evangelización* realizada por Juan Pablo II¹⁶ acoge y prolonga estas intuiciones centrales del Vaticano II. Pero el contexto cultural había cambiado profundamente y la posibilidad de que la propuesta de diálogo fuese aceptada por el hombre de nuestras sociedades modernas parecía menos clara, y no sólo ya en aquel mundo polaco dominado por la ideología comunista.

Al inicio del tercer milenio, la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Europa* describirá ya la situación de un hombre y de una cultura que ha vuelto a cerrarse a Dios y que, por tanto, se esfuerza por olvidar o negar el cristianismo: “La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del

¹⁴ Cf.: “...la Iglesia es muy necesaria en el mundo moderno para denunciar las injusticias y desigualdades, para restaurar el verdadero orden de las cosas y los bienes, de modo que, según los principios del Evangelio, la vida del hombre se haga más humana.” (*Mensaje de los Padres de Concilio Ecuménico Vaticano II a todos los hombres*, 20/10/1962)

¹⁵ GS 3b

¹⁶ En Nowa Huta, 9.5.1979

hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera”¹⁷. “De esta cultura forma parte también un agnosticismo religioso cada vez más difuso, vinculado a un relativismo moral y jurídico más profundo, que hunde sus raíces en la pérdida de la verdad sobre el hombre”¹⁸.

En estas circunstancias vuelve a plantearse de nuevo la urgencia de un primer anuncio del Evangelio en amplias partes de nuestras sociedades, de antiguas raíces cristianas, pero determinadas ahora por una indiferencia religiosa generalizada o incluso por ideologías anticristianas¹⁹, como parece mostrar el ejemplo, entre muchos otros, de una reciente decisión de un tribunal británico: “la creencia en Gn 1:27, la falta de creencia en el transgénero y la objeción de conciencia al transgénero en nuestro juicio son incompatibles con la dignidad humana y entran en conflicto con los derechos fundamentales...”²⁰.

Se tiende de nuevo a impedir la participación cristiana en el espacio público y en el diálogo social. Por lo cual, la evangelización coincidirá, como indicaba también el Vaticano II, con la defensa de la libertad de conciencia y religiosa, con la defensa de la persona humana, de su dignidad: “la Iglesia debe poder, siempre y en todo lugar, predicar la fe con verdadera libertad, enseñar su doctrina social ... y emitir un juicio moral también sobre cosas que afectan al orden político cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas...”²¹.

Por otra parte, se hace necesario igualmente “un nuevo anuncio incluso a los bautizados”; pues “muchos europeos contemporáneos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen”²², hasta el punto de que Benedicto XVI hablará de un cierto “analfabetismo religioso”. Suya es también la

¹⁷ S. JUAN PABLO II, *Ecclesia in Europa*, 9

¹⁸ *Ib.*

¹⁹ *Ib.*, 46

²⁰ *Sentencia* dada en Birmingham por el Juez PERRY el 2/10/19 contra el Dr. David Mackereth: “Irrespective of our determinations above, all three heads, belief in Genesis 1:27, lack of belief in transgenderism and conscientious objection to transgenderism in our judgment are incompatible with human dignity and conflict with the fundamental rights of others, specifically here, transgender individuals.” (nº 197)

²¹ GS 76e; cf. también DH, por ej. nn. 3, 13b

²² *Ecclesia in Europa*, 47

observación de que con frecuencia los cristianos mismos “se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común”²³. Con el paso de los años, resulta cada vez más evidente que esto no es así, y no sólo en la vida pública y política, sino también en la familia y en la sociedad. Hoy sería un grave error dar la fe por descontada, y particularmente la percepción de su relevancia para la vida.

Se plantea, por tanto, de muchas maneras la urgencia de una nueva evangelización, que significa un primer anuncio del Evangelio a nuestra sociedad, pero también un anuncio nuevo incluso a los bautizados, al menos para renovar y confirmar su conciencia de la fe.

3. *La Persona de Jesucristo, clave de la “nueva evangelización”*

El desafío que vivimos en las sociedades europeas del tercer milenio es, en el fondo, el mismo al que respondió ya, guiado por el Espíritu, el concilio Vaticano II, al que podemos considerar “*la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX ... una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza*”²⁴, como nos recordaba Benedicto XVI²⁵ y en diversos modos ha repetido también Francisco: importa que se reciba plenamente la enseñanza del Concilio.

Pues bien, muy consciente de la necesidad de anunciar el Evangelio en términos renovados, el Concilio puso en el centro de su enseñanza la relevancia única de la Persona de Jesucristo. Y la comprensión de su figura real sigue siendo el punto de partida decisivo para que la evangelización pueda realizarse en nuevos términos y con nuevo ardor.

De ello debemos ser conscientes en primer lugar los cristianos mismos, que

²³ *Porta fidei*, 2

²⁴ JUAN PABLO II, *Novo millennio ineunte*, 57

²⁵ *Porta fidei*, 5

nos encontramos siempre en la tentación de asumir planteamientos modernos que interpretan a Jesucristo en el horizonte de la razón moral o del camino histórico de los pueblos, pensando que así será más fácil el diálogo con la cultura actual, que será más creíble nuestro testimonio, más acorde con el progreso de la sociedad. Pero corremos el riesgo de dejar así en la oscuridad lo específico de nuestra fe cristiana y no transmitirla.

En efecto, ya desde el siglo XVII se extiende en Europa la convicción – “deísta”– de que Dios no ha intervenido, más aún, de que ni siquiera podría intervenir en la historia, en la que sólo actúa el hombre. El racionalismo posterior transmitirá esta presunta certeza, junto con la seguridad de la autosuficiencia de la razón humana, para explicar y guiar toda la vida; se considera incluso indigno de una razón adulta necesitar una ayuda externa, ni siquiera de Dios mismo que se revelase.

Desde este punto de vista, todo cuanto ha sucedido en la historia podría tener para nosotros sólo el valor de una enseñanza, como una pedagogía al servicio de la educación de la humanidad, de su evolución hacia el estadio racional adulto. Así habría que entender a Jesús mismo, que, por tanto, no podría haber sido más que un maestro, un pedagogo, al que los creyentes podrían reconocer una función providencial e importantísima, como enviado de Dios Padre. En este caso, ejerciendo como una cierta mayéutica, Jesús habría ayudado al hombre a aprehender verdades fundamentales que, de por sí, la razón estaría destinada a alcanzar por ella misma²⁶. Pero desde otras perspectivas, carentes de motivación creyente, se lo situará simplemente en el conjunto de la historia, como un momento en el proceso de manifestación de lo humano, como un actor más en la realización de la historia.

Se extiende así, incluso entre los mismos cristianos, una reinterpretación del cristianismo que lo reduce habitualmente a un factor que impulsaría el desarrollo ético o la toma de conciencia por el hombre de ideas relevantes. En tales términos, el cristianismo sería respetado; mientras que, si pretendiese tener un significado

²⁶ Cf., por ejemplo, G. E. LESSING, *Die Erziehung des Menschengeschlechts*, 1777

universal propio, vinculado a los acontecimientos históricos de los que habla, debería ser rechazado y excluido de la vida social como contrario a la razón y al progreso del hombre²⁷.

Y, sin embargo, como enseña sistemáticamente el Vaticano II, la misión del cristiano consiste precisamente en anunciar que en Jesucristo el Hijo de Dios se ha hecho hombre y nos ha salvado; es decir, que Dios ha intervenido positivamente en la historia, con un amor inmenso, que es posible encontrar también hoy y en el que hemos creído. Es un amor que se ha manifestado en la carne, con la misión de vencer al pecado y a la muerte, haciendo posible al hombre una vida nueva, que se corresponde con su corazón y su dignidad, y que está destinada a la eternidad. En este sentido, las raíces del anuncio cristiano, nos recuerda Francisco, están en la certeza de que “nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. El nos permite levantar la cabeza y volver a empezar...”²⁸.

Para la nueva evangelización, es vital no reducir nunca la novedad aportada por Cristo a un conjunto de ideas o de motivaciones éticas que se integran de algún modo útil en nuestra conciencia de la realidad, en alguna forma de sistema doctrinal o ideológico dominante en un momento dado. *No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea.*

Pero el peligro “de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana”²⁹ es muy real también en nuestro tiempo, en que la figura de Jesús sigue siendo muy debatida, es relativizada por muchos³⁰ y es incluso objeto regularmente de grandes campañas mediáticas. Para los cristianos es muy posible encontrarse por ejemplo con presentaciones más o menos científicas, bien hechas, atractivas incluso, que enmarcan a Jesús en su tiempo y cultura, pero lo reducen al final a ser un individuo de su época, singular en la forma de integrar y renovar su tradición judía, y no realmente el Hijo de Dios, aunque sus obras y palabras pueden

²⁷ Así ya I. KANT, *Die Religion innerhalb der Grenzen der bloßen Vernunft*, 1793. Y desde entonces en muchas críticas del cristianismo.

²⁸ *Evangelii gaudium*, 3

²⁹ S. JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 11d

³⁰ Cf., por ej., CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Declaración *Dominus Iesus*, 2000

resultar iluminadoras para el hombre de hoy.

Aceptar estas presentaciones esteriliza el anuncio de la fe. Pues si la figura de Jesucristo no es comprendida como el acontecimiento del amor, de la entrega personal y definitiva de Dios, su presencia pierde su alteridad radical, divina: es un hombre más, que, por otra parte, murió hace 2000 años y no puede ya ser nuestro contemporáneo. No se daría ya, ni se ofrecería realmente, la posibilidad de un encuentro vivo; sino que seríamos testigos sólo de una posibilidad entre otras de la conciencia humana, de mayor o menor interés para el hombre actual.

En palabras de Francisco: “No se puede perseverar en una evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo. Por eso evangelizamos”³¹.

Desde aquí podemos comprender la urgencia de un anuncio kerygmático primero, centrado en el acontecimiento de la presencia real de Cristo hoy en la historia, por el que *somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de nuestra autorreferencialidad*.

De algún modo esto está presente en todo movimiento evangelizador. Podemos recordar cómo “Cursillos de Cristiandad” invita a conocer y experimentar el amor del Señor, o el énfasis especial con que subraya esta dimensión específica “Una luz en la noche”, que busca hacer posible el encuentro de los jóvenes con Jesús Sacramentado: Dios presente aquí y ahora, esta noche.

Por supuesto, también esta iniciativa, aún centrada tan especialmente en el Santísimo, sabe que la Eucaristía no existe aislada en sí, sino desde el inicio –desde la Última Cena– como acontecimiento de comunión, fundado en el sacrificio del Señor que se entrega por la salvación de todos.

³¹ *Evangelii gaudium*, 266

4. La necesaria presencia de la comunión eclesial

El contenido primero de la nueva evangelización es, pues, el anuncio de Cristo, reconocido como la presencia del amor salvador de Dios, que despierta al propio hombre, responde a sus deseos y exigencias de vida y de verdad: *llegamos a ser plenamente humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero.*

Se trata de una posibilidad nueva, con respecto a lo que el universo –o la “madre tierra”– puede ofrecer a la razón humana, aunque sea “adulta” y científica. Lo decía expresivamente ya B. Pascal (1623-1662), ocupado en sus estudios de astronomía: "Cuando considero lo poco que dura mi vida, absorbida por la eternidad precedente y siguiente, el poco espacio que ocupo y el poco que veo, yo, perdido en la inmensidad infinita de un espacio que ignoro y que no me conoce, me espanto, y me extraño de verme aquí en vez de ahí, porque no hay motivo ninguno ...". "El silencio eterno de los espacios infinitos me espanta"³². El primer anuncio es, pues, el de la existencia de esta respuesta que el universo no da a la persona, el ofrecimiento de una relación nueva hecha posible por la presencia del Hijo de Dios en nuestra historia.

Comunión eclesial

Pero un anuncio semejante tiene diversas implicaciones, sin las cuales no es creíble. En efecto, si se tratase de dar a conocer al pedagogo excelente, enviado por Dios a los hombres, el modo de hacerlo sería, en el fondo, la transmisión de contenidos conceptuales o la propuesta de un ejemplo moral que motivase al hombre a la acción, al compromiso con la marcha de la historia. La Iglesia, con sus dogmas, celebraciones y jerarquías, cumpliría su misión cuando pudiese desaparecer por innecesaria, habiendo contribuido a despertar la conciencia y la responsabilidad de las personas.

³² *Pensées*, ed. L. Brunschvicg, nº 205,206

En cambio, anunciar a Jesucristo como el don máximo del Amor divino, no podrá hacerse por la sola vía conceptual; porque es el anuncio de una presencia salvadora con la que es posible la relación, de un amor personal y real que ha entrado en la carne de la humanidad.

Desde los inicios mismos de su misión por los caminos de Palestina, Jesucristo ha reunido discípulos, su presencia ha generado unidad, ha sido principio de una comunión nueva; también hoy, vencedor ya del pecado y de la muerte, Cristo sigue estando todos los días con los suyos como fuente de vida y de amor. Este es el inesperado camino, elegido por Dios, para comunicarse al hombre y que éste pueda percibirlo y comprenderlo. Jesús está presente como la oferta de una compañía, de una amistad: *este encuentro con el amor de Dios que se convierte en feliz amistad.*

El Concilio mismo describe la intervención divina en la historia, que culmina en Cristo, en términos semejantes: “Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como a amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía”³³; el cristianismo, por tanto, existe en la historia “como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”³⁴, como “una comunión de vida, de amor y de unidad”, enviada por Cristo “a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra”³⁵.

Así pues, el anuncio evangélico del Emmanuel, de la presencia de “Dios-con-nosotros” no es creíble sin este “nosotros”, sin la presencia de una comunidad eclesial, sin la presencia de una humanidad renovada que vive por la gracia y en comunión con Cristo.

Esta dimensión eclesial pertenece por naturaleza a todo movimiento evangelizador católico; aunque algunos puedan subrayarla especialmente y con diversos acentos –así, por ejemplo, las comunidades del Camino neocatecumenal o Comunión y Liberación.

³³ DV 2

³⁴ LG 1

³⁵ LG 9

En todo caso, el anuncio evangelizador no reenvía nunca a un genio religioso particular, a ningún personaje carismático por sí mismo, ni por tanto sólo a una experiencia comunitaria con la que se podría sentir mayor o menor afinidad; sino siempre a Jesucristo, que con su amor y entrega ha generado lo que se presentará no como una suma de individualidades –asociadas por un acuerdo en ideas o proyectos–, sino como una realidad de unidad, de comunión y de amistad: *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*³⁶. El evangelizador invita siempre a acoger a Jesús y ser su discípulo, a formar parte de su “Cuerpo”, al que se entra no por contrato, sino con el sacramento del bautismo.

El ser sacramental de la Iglesia

Esto implica, en concreto, que sin el ser sacramental de la Iglesia, como forma real, aunque misteriosa, de unidad en Cristo, no sería posible una nueva evangelización. La relación con el Señor ha de ser real y presente; y ello significa comprender, amar y celebrar su presencia sacramental, cuyo culmen es la Eucaristía, que da forma nueva y salva la vida de los hombres. La relación viva con Dios en la oración personal y litúrgica, la adoración de su presencia en la Eucaristía, la acogida creyente de su Palabra en la Escritura, la celebración de su resurrección en el día del Señor, son todos elementos imprescindibles para que el anuncio del Evangelio tenga plausibilidad ante la razón, que escucha el anuncio y se pregunta: pero ¿puede ser verdad que Dios está realmente con nosotros? ¿tengo ante mí algo más que personas como yo, cuyos defectos y problemas veo perfectamente?

Así pues, sin la comunidad eclesial viva, vinculada sacramental e históricamente a la persona de Jesucristo, no existe nueva evangelización.

Dentro de la comunión de la Iglesia se encontrarán luego todas las riquezas que el Señor da para favorecer específicamente la comunicación de la fe: ministerios –en primer lugar el apostólico– y servicios; el don supremo de la caridad y los diversos carismas en que proféticamente se hace perceptible al

³⁶ Jn 15,14

hombre contemporáneo la verdad profunda de la fe, su capacidad de iluminar el misterio de Dios y la existencia y el destino del hombre, y que algunas veces llegan a tener una dimensión pública y asociativa.

Signos de credibilidad

Pero, en cualquier caso, el signo mayor de credibilidad del Evangelio es la unidad de los discípulos, la comunión vivida por los creyentes en una misma fe y una misma caridad. Por grande que sea el iniciador de un movimiento carismático (S. Francisco, por ejemplo), lo es siempre precisamente por ser verdadero discípulo del Señor, relación a la que están invitados a participar todos, hasta el último llegado y el más pequeño. Lo dice desde el inicio de modo conciso y claro el discípulo amado: *Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo*³⁷. Y de todos se dirá que son igualmente fieles cristianos, miembros del Pueblo de Dios, y que de todos “su identidad ... es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios ... Su ley es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo nos amó. Su destino es el Reino de Dios...”³⁸.

Junto a la unidad, la caridad será siempre un signo especialmente visible y transparente, en realidad indiscutible, de la autenticidad de nuestra fe en el amor de Dios. Porque la caridad es la manifestación del alma, de la dinámica intrínseca de esta unidad. Ella es el mandamiento nuevo, la ley propia de la vida de este Pueblo y el signo mayor de su verdadera naturaleza, como lo enseña el Señor Jesús: en vuestra unidad y en el amor de los unos por los otros, conocerán que sois mis discípulos³⁹.

Por eso, la atención a los más pobres, la caridad para con los necesitados, acompaña siempre la vida de la Iglesia, como expresión auténtica de su naturaleza verdadera, como profecía excelente que habla del amor de Dios por el hombre, y de la dignidad profunda, los derechos fundamentales y el destino glorioso de

³⁷ 1Jn 1, 3

³⁸ LG 9b, describiendo al nuevo Pueblo de Dios y a sus miembros.

³⁹ Cf. Jn 13,34; 17,21

quienes son reconocidos como nuestros hermanos. El testimonio de la caridad no puede faltar nunca, es la vocación del cristiano y el alma real de la evangelización misma. Podemos recordar el ímpetu evangelizador, por ejemplo, de las Hijas de la Caridad de Sta. Teresa de Calcuta. Porque el espectáculo de la caridad vivida es el anuncio más elocuente, y porque a la mejor exposición de la verdad más grande le faltaría aún lo esencial si no incluyese el amor que desvela la verdad de la propia persona: “sólo el amor es digno de fe”⁴⁰.

Para la credibilidad de nuestro anuncio evangelizador será, pues, necesario reconocerse cordialmente miembro de la Iglesia y, a pesar de la perenne humildad de sus mediaciones humanas, acoger su forma de ser, desde el gran ministerio petrino hasta la diversidad de los carismas del Espíritu en cada momento. Los límites y pecados de los cristianos, que a veces llegan a distorsionar el rostro de la Iglesia, no deben desalentarnos hasta el punto de que dejemos nacer en nosotros un desapego de la comunión eclesial. Ello introduciría una duda metódica, fundamental, sobre la realidad de la intervención de Dios en nuestra historia.

Tampoco la pluralidad de carismas, de iniciativas de evangelización, debe desorientarnos. Cuando son verdaderas todas conducen a la única comunión de la Iglesia, universal y particular; y enseñan a comprender y apreciar las formas sacramentales y estructurales con las que se realiza en la historia. Así, por ejemplo, dirá Francisco, “es muy sano que no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular”.⁴¹

Por eso, aún cuando sin duda habrá conflictos por los límites y los pecados de todos, la verdad de una experiencia de fe se manifiesta en la capacidad de amar la unidad, la Iglesia concreta unida con el Sucesor de Pedro y presente en nuestras calles y entre nuestras casas. “Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad de integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para bien de todos”⁴².

⁴⁰ Título de una famosa obra de H. U. VON BALTHASAR, cuya primera edición es ya de 1963

⁴¹ *Evangelii Gaudium*, 29

⁴² *Ib.*, 130. Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Iuvenescit Ecclesia*, 2016

Porque este nuevo “pueblo de Dios”, aunque “muchas veces parezca un pequeño rebaño, sin embargo, es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano”⁴³.

5. El testimonio de la existencia cristiana en el mundo

El Concilio Vaticano II inicia presentando a la Iglesia “como un sacramento” destinado a “que todos los hombres ... alcancen plenamente la unidad en Cristo”⁴⁴. La presencia de este “Cuerpo”, la realidad de su vida y de la de sus miembros, se convierte en el signo e instrumento primordial de la nueva evangelización.

Experiencia del fiel

“La urgencia de la actividad misionera brota de la *radical novedad de vida* traída por Cristo y vivida por sus discípulos”⁴⁵. Hablar de la plenitud ofrecida a la persona por el encuentro con Cristo, anunciar que “el que sigue a Cristo, hombre perfecto, también se hace él mismo más hombre”⁴⁶, sólo podrá ser creíble si está acompañado por una vida realmente renovada, aunque sea en las condiciones limitadas de este mundo. La existencia misma del fiel cristiano será, por tanto, un primer testimonio imprescindible de la verdad del anuncio.

Por otra parte, en nuestra sociedad ha adquirido nueva vigencia la pretensión de suficiencia del poder humano para llevar a su cumplimiento la vida y la historia, lo que supone un consciente rechazo de la trascendencia, y muy específicamente de este anuncio cristiano. A mayor razón, no se conseguirá defender la verdad de la fe simplemente con debates filosóficos, sino poniendo en juego la propia persona, con el testimonio de una vida en la caridad y en la verdad hecha posible por el seguimiento de Jesucristo, que lo ha vivido primero. No es posible evangelizar sin que en los testigos se dé un nuevo germinar de la verdad de lo

⁴³ LG 9

⁴⁴ LG 1

⁴⁵ S. JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 7

⁴⁶ GS 41a

humano en sus dimensiones fundamentales, y especialmente venciendo el escándalo radical del propio mal, que paralizaría al hombre si el abrazo de un amor más grande –en Cristo–, lleno de misericordia verdadera, no sostuviese siempre su esperanza.

Es primordial dar testimonio de esta correspondencia profunda del Evangelio con el corazón humano, con su deseo de libertad, con su búsqueda de verdad y de amor. La santidad vivida en lo cotidiano, en la forma pensada por Dios para cada persona en particular, no sólo es la vocación más íntima y el camino de la felicidad, sino también su misión en este mundo, el modo de hacer resonar el Evangelio con todo el espesor de la propia humanidad⁴⁷.

El Papa Benedicto XVI ha querido describir esta renovación de la vida de modo muy explícito: gracias a la fe será posible plasmar “toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección. En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida. La ‘fe que actúa por el amor’ (*Ga* 5,6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre”⁴⁸.

Es necesario entonces tomar en serio, en primer lugar, el desafío de la vida cristiana en el mundo de hoy, y por consiguiente reconocer y dar todo su espacio a la misión propia de los fieles laicos en las diversas dimensiones de su existencia, comenzando por el matrimonio y la familia, por el trabajo y por la responsabilidad en la vida pública. La fe estaría fuera de este mundo, si no mostrara su eficacia en la realización más plena del amor humano –del amor matrimonial–, en las relaciones y responsabilidades laborales, en la preocupación por el prójimo que llega hasta cuidar el bien común y los asuntos políticos. Sin ello, el anuncio del Evangelio no sería creíble, porque la realidad de la que se habla no parecería presente, no sería verificable razonablemente; por lo que nuestras palabras serían

⁴⁷ Cf. la Exhortación apostólica del Papa Francisco, *Gaudete et exsultate*, 2018

⁴⁸ *Porta fidei*, 6b

entendidas tan sólo como la expresión de un sentimiento religioso, y si acaso como referidas sólo a la otra vida.

Todos los métodos católicos de evangelización comportan la dimensión existencial propia del testigo. Muchas iniciativas de primer anuncio parten, en particular, de alguno de estos aspectos decisivos de la experiencia cristiana: los movimientos matrimoniales o de vida ascendente, talleres de oración, movimientos especializados de Acción Católica, como por ejemplo la Hoac, asociaciones para la presencia en la vida pública –en los medios de comunicación o en la política– etc. A lo que convendría añadir todavía otras formas asociativas de vida de Iglesia con repercusiones públicas, como por ejemplo cofradías.

En diálogo con el mundo

Esta misión imprescindible, realizada por cada fiel cristiano –por los miembros del Pueblo de Dios– sucederá necesariamente en diálogo con las mentalidades presentes en nuestra sociedad, respondiendo al desafío de planteamientos alternativos a la hora de dar forma a la existencia.

Importa establecer este diálogo, ya que, como enseñaba S. Pablo VI, en la evangelización “... no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación”⁴⁹.

El cristiano no está fuera del mundo, sino enviado dentro de él. Y esto es la condición de toda posible evangelización. No se trata de alejarse de la sociedad, construyendo como un refugio aparte. Ni es posible tampoco tomar la posición de un espectador, que considera que al final no son problema propio los horizontes culturales, las orientaciones que determinan la vida de sus contemporáneos; como si no nos importase el destino del prójimo o nos declarásemos de antemano

⁴⁹ S. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 19

vencidos, ciertos de la imposibilidad de llevar a cabo la misión encomendada. Todo ello sería sólo una desconfianza en el Señor y una falta de fe viva, sin la que se pierde la esperanza y la caridad. Al contrario, hemos de amar nuestra misión, nuestro tiempo y nuestra gente, aceptar de corazón nuestras dificultades: “El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios, hasta el punto de que quien no ama al hermano ‘camina en tinieblas’...”⁵⁰

Estar en el mundo, sin ser de él, será el único modo real en que el cristiano pueda vivir su fe y cumplir su misión. Pues, en palabras del Papa Francisco, el Señor “nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia”⁵¹; por ello, sigue, compartimos “la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo...”⁵².

6. *El testimonio público de la fe*

La evangelización y el testimonio tienen siempre un componente de entrega, de puesta en juego de la propia persona; y ello conlleva también el riesgo del rechazo. Esto es muy real en nuestra sociedad, por la presencia de poderosas ideologías contrarias a la fe; e incluso en muchas ocasiones lleva al martirio a hermanos nuestros a lo largo del mundo. “Testimonio” sigue siendo también hoy la traducción del griego “martirio”, y quizá más que en cualquier otra época.

Pero no podemos dejar de dar testimonio. En concreto, en nuestros países occidentales, la nueva evangelización implicará mantener viva la conciencia de que el cristiano puede y debe tomar parte plenamente en la vida de la sociedad, no puede renunciar a participar en el diálogo de la razón pública. Al mismo tiempo,

⁵⁰ *Evangelii gaudium*, 272

⁵¹ *Ib.*, 268

⁵² *Ib.*, 269

hemos de guardar clara conciencia de que la Iglesia no se sustituye a las estructuras políticas propias de una sociedad, ni tampoco se identifica con ningún proyecto cultural o político, de los que conoce la limitación y la provisionalidad. El cristiano respeta la organización humana del poder, y tanto más la lucha por la justicia, y colabora con el hombre de su tiempo, pero consciente de que el Reino es siempre más grande que nuestras realizaciones en este mundo. La vida de la Iglesia contradice así la absolutización indebida del poder político y aparece como una “reserva escatológica” ante todo proyecto de este mundo, como un anuncio profético de que la realización del hombre sólo se alcanza en la comunión con el Señor⁵³.

En todo caso, la exigencia primera con que se encuentra la evangelización en nuestros países es superar la reducción del cristianismo a lo privado, expresada con frecuencia en términos de un laicismo no sólo bastante extendido, sino también defendido por importantes fuerzas políticas y convertido a veces en ideología y principio de acción de nuestros mismos gobiernos.

Los cristianos no podemos aceptar la irrelevancia pública de nuestra fe, ni silenciar nuestro pensamiento sobre las formas concretas en que se debe responder a las grandes cuestiones de la vida social. Un primer paso será siempre comprender y poder explicar con razones cómo la neutralidad propia de un Estado democrático no se identifica con una imposible neutralidad de los individuos y de sus iniciativas sociales; y que, en todo caso, es contradictoria con la voluntad de imponer a todos con la fuerza y los medios del Estado una particular ideología, con una antropología propia y quizá no cristiana –como podría ser en la actualidad, por ejemplo, la ideología de género.

Se trata, en primer lugar, de una cuestión fundamental de salvaguardia de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa, y, por tanto, de salud de una sociedad verdaderamente democrática. El rechazo de la conversión del laicismo –

⁵³ Cf. BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*

o de cualquier otra ideología— en doctrina impuesta por el Estado es un servicio imprescindible al bien y a la libertad del propio pueblo⁵⁴.

La evangelización puede tener lugar en cualquier circunstancia, incluso en las más adversas; pues nada puede impedir el testimonio de la propia vida, ni siquiera la persecución o el martirio. Pero la evangelización sí sería impedida, en cambio, por la asunción acrítica de la reducción de la propia fe a lo privado, por la aceptación de su exclusión de los lugares en que toma forma la vida de los hombres —familia, escuela, hospitales, lugares de trabajo, responsabilidad política, etc.—, o por el autosilenciamiento en las grandes cuestiones morales. De ese modo se haría increíble nuestro anuncio de la fe, porque se manifestaría irrelevante precisamente ante los grandes desafíos que han de vivir las personas y nuestra sociedad.

Por supuesto, la asimilación de cualquier ideología impuesta por el Estado a la sociedad, aunque sea sólo por la vía de un silencio temeroso, reduce igualmente el significado de la fe, separándola de la realidad, de la responsabilidad libre de la propia vida; y la convierte en un añadido dependiente de gustos subjetivos, en algo superfluo. Pero, en palabras de Francisco, “uno no vive mejor si escapa de los demás, si se esconde, si se niega a compartir, si se resiste a dar, si se cierra en la comodidad. Eso no es más que un lento suicidio”⁵⁵.

La vida cristiana, la comunidad eclesial necesita ambas cosas, la fe y el diálogo con el propio mundo⁵⁶. La pretensión de verdad propia de la fe, la evangelización, no puede prescindir del encuentro fecundo y del diálogo con la razón en todas las dimensiones de la vida.

Conclusión

La tarea evangelizadora tiene su sujeto propio en el Pueblo de Dios, que hace presente el Evangelio en el mundo con lo que cree, lo que celebra y lo que vive⁵⁷.

⁵⁴ Cf., por ejemplo, GS 42; DH 13

⁵⁵ *Evangelii Gaudium*, 272

⁵⁶ Cf. S. JUAN PABLO II, *Fides et ratio* 1

⁵⁷ “con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree”: DV 8a

El Espíritu Santo, que es como el alma de esta Iglesia, la mantiene unida, la vivifica con dones jerárquicos y carismáticos, y derrama “en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo”⁵⁸. Es sin duda también fruto del Espíritu en nuestro tiempo esta “conciencia nueva: la misión atañe a todos los cristianos, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales”⁵⁹.

El primer anuncio tendrá siempre este trasfondo, a la vez evangélico y eclesial. De hecho, incluso en los diversos carismas, con los que el Espíritu alienta y renueva la misión de la Iglesia, la responsabilidad personal es animada y sostenida por una experiencia comunitaria que es eclesial, aunque tenga la forma particular de asociaciones, grupos y movimientos. Por otra parte, las diferentes iniciativas evangelizadoras subrayan siempre algún gran aspecto de la experiencia cristiana, y constituyen así como una puerta de entrada a la realidad plena de la Iglesia; los carismas, con sus nuevos métodos, son como un acercamiento –un abajamiento– del Señor a las circunstancias concretas de los hombres de nuestra época, a sus deseos más hondos y a sus necesidades fundamentales.

De esta manera, como miembros de la Iglesia, alentados y sostenidos también en una experiencia carismática –con su método propio de testimonio evangélico– cada fiel cristiano se descubre protagonista principal del anuncio y de la misión. No como alguien aislado y solo –que se mueve por propia cuenta–, sino como discípulo del Señor y enviado suyo, responsable en primera persona de la propia vida, de las gracias recibidas, y de los propios hermanos.

Creer en la conciencia de la propia vocación personal, de la propia misión, saberse enviados, no será así añadir pesos y tareas a la propia existencia. Al contrario, será afirmar de nuevo cada día *la alegría del Evangelio*, la certeza primera e imprescindible de que *nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable*, la certeza de que la propia existencia –el propio yo– es un bien, querido por Dios, destinado a dar fruto abundante.

⁵⁸ AG 5

⁵⁹ S. JUAN PABLO, *Redemptoris missio*, 2

Así vivida, “la tarea evangelizadora enriquece la mente y el corazón, nos abre horizontes espirituales, nos hace más sensibles para conocer la acción del Espíritu, nos saca de nuestros esquemas limitados”⁶⁰. “No es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar, no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en el mundo”⁶¹.

⁶⁰ *Evangelii Gaudium*, 272

⁶¹ *Evangelii Gaudium*, 273